

Prontos, listos, ya

Inés Bortagaray

Primera edición, noviembre 2019

© Inés Bortagaray, 2019

Autora representada por Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria

© Triskel Ediciones, 2019

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ISBN: 978-84-121154-0-6

Depósito Legal: SE 1985-2019

NOTA DE LA AUTORA

Me pareció importante hacer dos breves aclaraciones. *Prontos, listos, ya* es una nouvelle que ha brotado en varias ediciones en varios países de las Américas, y que por fin nace en España.

Está hoy acompañada por *Ahora tendré que matarte*, mi primer libro, que publiqué hace casi dos décadas (es decir, circa el pleistoceno). Hay ahí una colección de impresiones sobre un mundo mutante y una edad mutante, una donde la infancia no es algo que se supere. Hay viñetas que construyen el prontuario de una voz que ensayaba un timbre. Esta es una primera reedición de algo que en buena medida fue escrito durante las sesiones del taller que impartía Mario Levrero (varias de esas estampas, de hecho, surgieron de ejercicios que él proponía) y que en su primera vida integró la colección que él dirigió (de los Flexes Terpines).

Bienvenidos a este viaje, queridos lectores. Quiero desearles una feliz expedición. Que sea vuestro el paisaje, vuestra la ventanilla, la vaca, el poste, el airecito, la ocasional zozobra, el yodo, el destino, e incluso lo que viene después.

Veo un poste que pasa y se va hasta que veo otro poste que pasa y se va pero nunca se va del todo, porque en la ida queda la estela. La estela es el poste en movimiento, el poste corrido, barrido, continuado en una línea de postes fantasmas que se paran entre poste y poste verdadero. El verdadero se continúa en varios fantasmas hasta que otro verdadero anuncia que hay algo real, después de todo. La hora es la del alba. A veces en lo alto de un poste hay un nido de hornero. Es la interrupción de la cadena que se arma en la secuencia de postes. Entre uno y otro (entre poste y poste) hay cables: electricidad. Cables negros que se tensan en lo alto y que dibujan una partitura de líneas que suben y bajan, como en una pantalla de monitor electrocardiográfico.

Veo un poste que pasa y se va hasta que veo otro poste que pasa y se va mientras en el cielo, que hasta recién era oscuro y era límpido, se abren unas grietas que lo resquebrajan como un pollo resquebraja la cáscara de un huevo cuando está maduro para salir de ahí; es el sol oculto por las nubes que se está escapando por los intersticios, unas pequeñas junturas que se han rasgado y entonces ahora el sol se cuele y los rayos se extienden en haces de luz anaranjada que llega hasta mis ojos como las gotas de sudor que le saltan a los personajes de caricatura cuando están sudorosos o pasan por un momento de gran nerviosismo, o como el enojo divino del entrecejo profundamente pronunciado de Dios, que es el padre de Jesucristo, aunque a fin de cuentas padre e hijo son la misma gran persona que es Jesucristo Nuestro Señor, que Desde Allí ha de Venir a Juzgar a Los Vivos y a Los Muertos.

Jesucristo. Jesucristo. Jesucristo, yo estoy aquí, digo en secreto. Cuánta violencia para amanecer, pienso, y vuelvo a las líneas negras que suben y bajan y siguen, en un recorrido siempre igual, pero con trampas.

Ve entonces la nuca de mi padre. Mi padre, el que conduce el auto. El pelo prematuramente blanco baja con ondas hasta el cuello. La cabeza está apenas ladeada hacia la derecha, en un gesto natural que yo repito. El asiento es erguido. Mi padre es erguido. Maneja rápido, pero con cuidado. Yo le tranco el botón de la puerta. Ahora sí, está a salvo. Yo también, porque mi padre no caerá a la carretera, y yo seguiré teniendo padre porque él no caerá. Miro el perfil y la nuca de mi madre, que mira a mi padre mientras le alcanza con cuidado un mate. Lo mira de reojo y vuelve a mirar al frente, con un gesto vago de desaliento. En la radio se escucha el noticiero. El locutor me asusta. Habla de cosas como si las cosas fueran las últimas, como anunciando un estado permanente de alarma, como quien dice *hoy hay toque de queda porque viene un terremoto, o alarma, no salgan de sus casas porque se avecina lo peor*. El nervio de su voz me estremece. Pero no dice *toque de queda* ni habla de *nosotros*. Dice *ministro, declaraciones y punitiva*. Pienso en punitiva mientras intento encontrar acomodo en el asiento que es chico para nosotros cuatro. Nosotros cuatro somos hermanos. Ahora voy en la ventanilla. Es una suerte. No sucede con frecuencia, porque soy hermana del medio y las hermanas del medio nunca van en ventanillas. Pero el viaje es largo y mis padres resolvieron sortear los lugares, para que no gritáramos y no los molestáramos, porque es peligroso. *Nadie quiere que choquemos, ¿verdad?, entonces tranquilícense y cállense la boca*. Entonces yo estoy en la ventanilla, pero a no ilusionarme, porque dentro de doscientos kilómetros iré a parar al medio, que es mi lugar, de donde nunca debí haber salido.

Elegí ir detrás de papá, a la izquierda del asiento. Creo que puedo protegerlo si me siento a sus espaldas. Cuido que esté atento, le tranco la puerta y rezo en su nuca para no chocar, porque nadie quiere que choquemos, y yo tampoco. A mi lado viaja mi hermano, que tiene olor. No quiso bañarse antes de salir, y ahora lo huelo. No me molesta. Huele a sábanas. No me molestan las sábanas. Las pantorrillas flacas se le tuercen hacia la derecha. Está inclinado, durmiendo de costado, apoyando la cabeza sobre una campera arrugada que le sirve de almohada. Mi hermana menor va sentada al lado, y también duerme. Apoya la cabeza en la falda de la mayor y abre apenas la boca. Respira suavemente, pero yo escucho cómo el aire sale sin apuro por los labios entreabiertos que no veo. No llego a ver tan lejos, pero sé cómo abre la boca cuando duerme, porque dormimos en un mismo cuarto y muchas veces la vi dormir. El pelo se le despeina más que a todo el mundo cuando ella duerme. Y los párpados le caen con peso y el sueño se vuelve largo y pesado. Y mientras duerme todos decimos, gravemente, *está durmiendo*, como si ese tiempo suyo fuera una constatación ya oficial en la familia. Mi hermana mayor es la otra privilegiada que tiene ventanilla, pero ella no mira postes, porque también duerme, inclinada sobre el vidrio, sacudiéndose en un movimiento constante, en un golpeo suave y persistente que la arrulla, creo, y que me arrulla, sé.

Uno, dos, tres, cuatro, catorce postes. Quince, veinte, treinta y seis, cincuenta y cinco postes. Los postes se mueven y yo estoy quieta. Avanzan hacia atrás, a lo que dejo. Aunque mi padre dejara de conducir, se negara a conducir, frenara de repente, estos postes y estas líneas seguirían con el viaje. Ya no vamos a la playa. Ya ni siquiera queremos ir a la playa. Esto es una cinta sin fin y nuestro auto está obligado a quedarse detenido mientras todo lo que hay a los costados se desliza sin cesar y sin cansarse. Es una condena que están cumpliendo de un lado y del otro lado.

Eso de seguir avanzando es una condena. Saber que todo sigue avanzando es la condena. A veces pienso en el día después de muerta y en el aviso de la margarina que se unta en pliegues perfectos sobre la tostada perfecta y ese aire de mañana feliz del desayuno familiar con sol y ventana y cortina y diario y tostada y humo que sale del café y las uñas de todos bien cortadas y limpiatas y todo seguirá funcionando igual que antes, y cuando la madre muerde la tostada al tiempo que sonrío y mira con ojos de *qué placer esta margarina por Dios, yo me puedo morir acá mismo* (eso es lo que ella dice en los pensamientos, en el colmo del entusiasmo, no es lo que yo digo, aunque justo esté hablando de mi muerte eventual), no importará que me haya muerto, que ninguno de nosotros haya muerto, porque igual se escribirá en la pantalla la palabra candor con letras dibujadas con margarina y la gente en la calle igual atravesará la puerta giratoria del banco e igual entre los premios que se ofrecen a la vista de todos en la *kermesse* anual de la escuela habrá una lata de arvejas, un juego de cucharas con mango de plástico, un abanico con hermosísimos motivos chinos, un reloj que puede ser despertador o puede ser cucú, un portarretratos con una pareja de enamorados caminando en la orilla del mar mientras atardece fulgurantemente, duraznos en almíbar. Yo ahora mismo puedo seguir porque no me importa que otros hayan muerto. No, no soy yo la condenada. El condenado es el muerto, que además de tener que estar muerto no puede ni esperar un aire ciertamente estupefacto que congele por un instante todo lo que sigue alrededor, el paso del apurado, la aguja que da la hora, la risa del locutor de radio, la expresión de la familia durante el desayuno untado con candor. Veo los postes porque no me importa que otros hayan muerto. Lo mismo que es bueno para otros es bueno para mí. No me puedo quejar y la margarina candor me está diciendo *despabilate*.

Yo me despabilo, pero no por demasiado, porque cuando quiero acordar, los ojos se cierran, ya no hay postes, y me duermo.

Sueño que viajamos todos en un auto. Yo sigo en la ventanilla, pero ahora la que viaja a mi lado es la mayor. Mi padre conduce y mi madre es copilota. El auto empieza a enlentecer la marcha. Estamos rodeados de autos que han debido enlentecer la marcha: esto es un atolladero, nadie avanza, nadie retrocede, el movimiento es imposible, nada es tan imposible como el movimiento. A unos metros, adelante, está la causa. Es un árbol caído en medio de la calle. No es un árbol muy grande. Tiene copa frondosa y tronco delgado y atraviesa la calle. Más tarde veo que ese bulto esmirriado que yace a unos metros es un hombre. No sé por qué, pero estoy convencida de que ese árbol se ha caído encima del hombre, y no lo aplastó. El hombre está a un costado. Hay también un señor activo que está agachado intentando reanimar al quieto. El quieto para mí está muerto, o por lo menos inerte. El que reanima le hace respiración boca a boca y le da cachetadas. Entonces el muerto se mueve y aunque estamos lejos con mi hermana y hay una ventanilla de auto de por medio yo veo los primeros signos (casi imperceptibles) de resurrección. Un ligero tic le mueve un pómulo y después tuerce la boca en un rictus de persona que se siente desgraciada. *Lázaro*. Digo *Lázaro*. Bajamos del auto con mi hermana y saltamos y hacemos ademanes de animadora con los brazos, y exclamamos *¡bien!, ¡bien!, ¡bien!* Él se incorpora y mira a un lado. De entre toda la gente que asiste a la reanimación del muerto él elige vernos a nosotras, a mi hermana y a mí. Nos sonrío y nos hace la Señal Internacional de Okey, alzando el pulgar del triunfador.

Me despierto de a poco, y de a poco comienzo a escuchar, con los ojos cerrados, la pelea entre mi hermano y mi hermana mayor. No hay aire en este auto. Se escucha una milonga en la radio, pero la radio está mal sintonizada. Las radios mal sintoni-

zadas me dan tristeza. Mis hermanos gritan. Él dice *me toca a mí*. Ella dice *faltan veinte kilómetros*. Él dice *dame la ventana o la despierto y me la da ella*. Ella dice *no la despiertes*. *Ella es neutral*. *Suiza es neutral todas las veces*, repito entre sueños. Entonces interviene mi madre *basta*, y mi hermano se queda mascullando un insulto nuevo y mi hermana responde diciendo *puto*. Yo me hago la dormida, a pesar de que estoy incómoda así, toda caída sobre el hombro de mi hermano. Lo veo apenas de reojo mientras se sacude con el puño apretado y la cara enrojecida por la rabia. Sigue discutiendo (se conoce que puto es un insulto atroz, que surte gran efecto cuando se busca la ira). El cielo se está nublando y ya no me recuerda al ceño fruncido de Él ni tampoco a las gotitas que coronan las cabezas de los que están nerviosos. Qué calor.